

Escribí este Post hace años. La ocasión fue cuando mi hija Huenú quedó embarazada esperando su primer hijo, y al margen de todo lo que hablamos al respecto, ella me pidió que le dejara algo así como un resumen de todo lo conversado para ... digamos... su futuro como madre.

Tener un hijo es partir a un largo viaje, que conlleva la difícil tarea de criar a un bebe que más tarde se convertirá en un niño, un adolescente y finalmente un adulto, que llevará incorporados una serie de cosas, tales como principios, formas de actuar, actitudes frente a la vida y hasta buena parte del carácter; todos atributos que vendrán del trabajo y dedicación de esos padres/madres al forjar su temperamento y al darle los valores en los que ellos/ellas crean y/o les sean propios.

Es correcto lo que expondré? No lo sé con exactitud. Mis argumentos provienen por un lado de lo que constantemente leo pues el tema siempre me ha interesado, y por otra parte de mi propia experiencia como padre; y si tal vez en ese quehacer paterno no todo haya sido perfecto; tales imperfecciones no deben haber sido tan enormes, puesto que puedo decir con propiedad y no poco orgullo que la metodología empleada (aclaro firmemente que ello fue una tarea conjunta con la madre, con quien al menos en ese campo no tuvimos discrepancias), dio en relación a nuestros hijos, los dos resultados que todo padre/madre buscan alcanzar:

- 1) Lanzar a la vida hijos con los mejores valores, disponiendo de un espíritu templado para hacer frente a los problemas y saber pelear por sus metas; y
- 2) Que las relaciones entre padres e hijos a lo largo de todo el camino; y más aún: las que puedan disfrutarse en la vejez sean cálidas y armoniosas; donde resalten el amor, el respeto y la admiración mutua.

Personalmente tuve un tipo de educación que mis padres (Felipe y Elisa) me dieron y que tuvo muchísimas cosas buenas sobre las que he meditado largamente, lo que junto con las lecturas mencionadas, es que ahora, volviendo a la primera línea en donde expreso que Huenú espera su primer vástago, decidí satisfacer su pedido de escribir algo en relación a la paternidad/maternidad, pero también y como siempre digo: Espero que esto conforme la solicitud de mi hija y de paso y como 'by-product' ...que si algún interesado (o desprevenido) cae ante este escrito, lo evalúe y pondere si le parece correcto o no. Si aprueba o desaprueba.

Aquí va:

¿Tarea fácil? Je...!

Si somos ingenieros y tenemos que calcular un puente estudiamos en la facultad y aprendemos a hacerlo. Un cirujano aprenderá a cortar a un paciente y sacarle lo que tenga que sacarle y eso también lo habrá aprendido en una universidad. Y de esa forma mil actividades más que van desde hacer un tendido eléctrico a manejar una fábrica de camisetitas; desde diseñar un rascacielos a dirigir un satélite orbital.

Pero... nadie nos enseña, ni hay escuelas, institutos o universidades para aprender a hacer una de las cosas más difíciles como es la de criar exitosamente a un hijo que (se supone), es bien amado.

La pulpa y la cáscara

Siempre he pensado que las personas son como las frutas. Una pulpa por dentro y una cáscara por fuera. La pulpa es lo fundamental de una persona, son sus ideas, su valoración moral y ética de las cosas, los valores en los que cree y de los que hace uso en su vida de relación con los demás; en una sola palabra: sus principios.

La cáscara la veo más que nada como las características de la personalidad; que tan abierto o cerrado, introvertido, simpático, estirado o campechano, gruñón o muy 'easy going'. Es decir su carácter. Y si bien de la forma que éste se haya formado habrá diferentes tipos de interacción con el mundo que lo rodea, es la parte de la pulpa lo que más importa. Como ejemplos siempre puse al tomate y al kiwi. El tomate tiene una cáscara hermosa, de un color maravilloso y una tersura única, mientras que el kiwi por fuera se parece a las bolas de un oso. Horrible. Pero es innegable que ambas pulpas son maravillosas. Deliciosas al sabor, nutritivas y de gran atractivo. Las dos.

Y ahí quería llegar con la necesidad de que a nuestros hijos los moldeemos para que ese centro de la pulpa sea lo más puro posible, lo más noble y lo más fuerte. La vida, sus experiencias, el entorno que los rodee modelará más adelante en el tiempo sus caracteres; pero será la primera parte de la vida donde en el niño anclarán los principios morales y la ética de su comportamiento.

Y si bien las características del temperamento pueden formarse por muchos factores influenciadores, variados y externos; estoy convencido y lo he leído varias veces, que lo que hace a los principios parten del trabajo familiar, de lo que madre y padre se ocupen y preocupen en inculcar. Diría que el corazón de la fruta se forma en un 60/70 % por el trabajo de los padres; un 20/30 % por la escuela, con el trabajo de los maestros de la escuela primaria y el resto (que si hacemos la cuenta es bien menor) saldrá del medio ambiente en que se desarrolla el chico, de los compañeros, de la tv, de la calle, etc.

La primera aseveración entonces es que los principios parten de la casa. Y surge la pregunta: Cómo es que un padre y una madre inculcarán tales principios?

Para comenzar, con la palabra. Explicando en cada ocasión que sea posible, mostrando, hablando, razonando pero también haciendo razonar al chiquito, aun cuando sea pequeño. Y en segunda instancia con el ejemplo. Los padres no tienen idea de cuánto las actitudes, las formas de encarar cada cosa, hasta los más simples hechos y acciones que realizan impactan en la mente del niño y que tan profundamente calan allí, haciendo improntas que quedarán firmes para toda la vida.

Como he expresado: lo externo, las características de la personalidad tendrán origen en muchas cosas, hasta en la posición de los hijos en la camada (en general los primeros y los terceros son más sociables que el segundo que normalmente es el más tímido o introvertido. El tercero generalmente será más libre, el primero más social con miles de amigos, mientras que el segundo los tendrá en menor número pero serán incondicionales y de gran corazón). Y luego los compañeros, algunas experiencias, cosas aún menores, irán dando matices a esa forma de ser que hará que las características de la personalidad de cada hermano sean distintas. Y está bien. Es normal. Hasta dos mellizos pueden ser distintos en el trato y en su actitud; pero lo que no puede ser diferente es lo que hace a los principios. Los principios son el código ético que no puede variar. Los temperamentos podríamos verlos como las ordenanzas municipales que pueden variar de una ciudad a otra por una serie de motivos; mientras que los principios son como la constitución de un país, que es idéntica y tiene el mismo valor para todos los ciudadanos.

Los límites

Dentro del paquete de cosas que uno le mete en la cabeza al chiquito para que se vaya nutriendo con lo que queremos que sea cuando crezca y se transforme en una full persona... están los límites.

Hay que tener en cuenta que un niño apenas comienza su vida es como un pequeño BB-8, ese simpático robot de la película Star Wars que parece una pelota y que anda como loco por todas partes, tocando, dando vueltas, chocándose con muebles y paredes, haciendo ruidos, explorando, intentando comprender que es y para qué sirve esto y aquello.

Si el pequeño entra en la cocina y hay una sartén con aceite hirviendo uno le meterá la primera prohibición, un estricto límite: 'No toques la sartén!'.

Por supuesto que este ejemplo es muy obvio y el chico es fácil que lo incorpore sin mucha resistencia; pero hay otros miles que no lo son tanto y que pueblan el mundo del niño y de la relación con sus padres. El aprendizaje de como entrar en la vida y luego de cómo comportarse está todo el tiempo ligado a esos límites. Vivimos dentro de límites y diría que casi cada paso que damos en la sociedad está ligado a algún tipo de prohibición, de restricción.

Hacen varios siglos Hobbes primero y Rousseau después, tocaron el tema de los límites en la sociedad de forma muy inteligente. Decían ellos:

'Si a mí no me gusta una persona por cualquier razón profunda o banal, puede que mi instinto me diga que no sería mala idea... eliminarla! La mato porque me hizo algún daño o porque directamente no me gusta su cara.'

Pero claro... si fuera tan libre la cosa, también mi persona estaría corriendo un riesgo enorme; pues hasta la más mínima cosa que yo hubiera hecho y molestado a cualquier otro, le daría razón a ese tipo para eliminarme él a mí también. Es innegable entonces, que debe haber una frontera incruzable para que eso no ocurra. Por ello, la sociedad se autoimpuso un enorme límite, al que el genio de Rousseau llamó 'El Contrato Social'. En donde la sociedad, (el pueblo todo), le dio al Estado la misión de guardar o de hacer cumplir ese Contrato Social, para lo cual ese Estado creó leyes y cuerpos que mantendrían el control (la policía y el sistema judicial entre otros).

Con eso in mente, saltemos ahora a nuestro pequeño niño; que muy pronto cuando crezca tendrá que entrar a vivir en esa sociedad y aunque jamás oyó hablar de Jean-Jacques Rousseau, deberá respetar ese Contrato Social y no solo ése; sino que tendrá que aceptar y respetar también la retahíla de límites con los que debemos lidiar cada uno de nosotros en nuestra vida cotidiana. Y si pusimos atención en estos párrafos anteriores, vemos claramente que el pequeño no solo debe conocer y entender lo que es un límite para no quemarse con el aceite hirviendo, sino que conocer los límites y saber respetarlos lo hará vivir en la sociedad mucho más adaptado y más confortablemente. En mi caso personal, tanto padres como maestros me metieron ese concepto muy eficientemente, y así es que cuando viajo a países en donde las reglas se cumplen a raja tabla, yo me siento cómodo; muchísimo más a gusto que cuando estoy en países donde las normas no son respetadas y los límites son rebasados una y otra vez por casi todo el mundo.

Vale ahora una palabra en relación a lo que podría llamarse los 'límites de los límites' o dicho de otro modo: ¿Hasta dónde deben encorsetar al niño los límites que les imponemos?

En principio un 'Límite' no es nada más que una barrera que no se puede traspasar: sea la hora de dormir, cuanto dulce de leche se puede comer, si se puede cruzar o no la calle, evitar los enchufes, hasta qué punto las 'caricias que matan' al hermanito menor, cuanto tiempo de TV, etc., etc.

Pero la mayoría de las veces deberemos cuantificar a esos límites, lo que significa: que tan aquí o que tan allá está colocada la barrera; o dicho de otro modo: ¿qué valor le ponemos a ese límite? Y es interesante notar que el valor de esa cuantificación estará en función de la cultura reinante en el medio donde se vive, en función de la historia de cada padre, de sus convicciones, y sobre todo debería serlo y muy especialmente ¡del sentido común!

Teniendo en cuenta esas variables (y seguro que hay unas cuantas más), cada pareja de padres tendrá una lista de límites que impondrá a sus hijos y que con seguridad será distinta (en mucho o en poco, pero distinta) a la de otras familias, a la de otros amigos y hasta de otros miembros de la misma familia. Pero lo que es importante es que una vez definidos los valores de esos límites los padres respetarán dos cosas:

1) que los mismos sean muy claramente establecidos a los pequeños, con explicaciones muy concisas pues el niño debe entender lo que puede y hasta donde puede, todo ello como si fueran las tablas de Moisés y ...

2) que una vez que se haya establecido un límite y su valor, los mismos se mantengan firmes sin aflojes. No hay que olvidar que en todo momento, el pequeño tratará de forzar todas esas barreras y todos los valores de cada uno de ellas; por lo que habrá que estar atento/a y reaccionar cuando se haya cometido 'el delito de cruzar la cerca prohibida'.

Toca ahora el tema de 'How to enforce the law'; esto es: como hacer que ese límite; esa ley, sea obedecida. Para lo que necesitaremos incorporar el tema de las 'jerarquías'.

La Jerarquía

Una de las cosas más tristes que han aquejado a la sociedad humana es la guerra y dentro de la guerra la existencia del militarismo. Lo militar es una desgracia, y el accionar de un cuerpo de estos, que lleva la mayoría de las veces a la destrucción de bienes y gentes es y ha sido altamente nocivo para la Humanidad. Pero... ¿cómo es que siendo tan negativo ha podido sobrevivir, y no hay país que no tenga sus cuerpos armados y en el mundo hay millones de seres que viven de ese trabajo?

Es que dentro de lo malo que es el militarismo, no se pueden negar algunas cualidades que lo hacen exitoso. Tal vez la más importante sea la 'Jerarquía'. Que no es otra cosa que la obediencia que se debe a una estrellita o una jineta con una raya de más en el uniforme. Curiosamente, esa jerarquía que es parte vital de cualquier cuerpo armado, está clarísimamente normada (el cabo con una barrita debe obedecer al cabo primero que tiene 2; el que a su vez obedecerá al sargento que tiene 3 y así hasta llegar a la máxima figura que puede ser un general o un teniente general según el país). Y así es como vemos las dos variables importantísimas unidas: 1) el Límite, que es el 'Código Militar' donde está establecida la escala de mandos; y 2) la Jerarquía establecida por las barras o las estrellitas sobre los hombros.

En las familias, antiguamente se tomaba al varón como el poseedor de la jerarquía máxima, 'el Jefe de familia'; pero hoy (muy afortunadamente y con toda justicia) tanto el varón como la mujer ejercen tal función. Y para el caso de los hijos, no hay sexo que valga: tanto sea mamá como papá, éstos deben tener la mayor jerarquía y serán los 'generales' de esa familia. Simple arreglo que sirvió por generaciones y generaciones.

Sin embargo... en los últimos tiempos comenzó a resquebrajarse ese armamento ideal, y no es difícil encontrar hoy a niños que son los verdaderos 'Hombres Fuertes' y que mandan por encima del resto de la familia. Y ahí los padres actuales deberán tener cuidado. Mucho cuidado. Porque... 'con las estrellitas no se juega!'

Repito con otras palabras eso que es tan importante para que un niño crezca sanamente: Es imperioso que el bebé, el niño, el púber y el adolescente entiendan que en el hogar en que viven hay una jerarquía; que hay uno o dos generales y que él no tiene tantas estrellitas como las charreteras de esos dos señores que son sus papitos.

Y no dejaré de reforzar este dicho: El establecimiento de la jerarquía es vital para poder imponer los límites necesarios.

Y lo hago, pero aclarando que esto no quiere decir que el niño no tenga su decir, no pueda expresar sus puntos de vista y hasta sus gustos, preferencias y demandas. Pero siendo un niño y por más libre, inteligente y sagaz que sea, habrá muchas, muchísimas cosas que no entenderá, que ante muchas disyuntivas podría decidir o tomar acciones equivocadas, porque su mente puede ser de gran potencial, pero le falta el criterio y la experiencia que solo dan el tiempo pasado y las experiencias vividas.

Redondeando con un párrafo final: Donde haya una familia con niños es imprescindible que hayan valores jerárquicos, que sean respetados y que esas jerarquías permitan la implementación y el control de los límites a que tienen que estar sujetos cada uno de los hijos del conjunto.

Padres tipo muñequitos de goma o boxeadores tailandeses?

Si se acepta entonces que deben haber límites, y que debe haber una jerarquía que los haga cumplir, surge una nueva pregunta: '¿Y cómo los hacemos cumplir?'

La tarea no es fácil, pues los niños tienden a hacer lo que quieren. Si les gusta el helado, querrán comerse todo el producto de la heladería. Si son reacios a irse a la cama, darán mil vueltas antes de acostarse; si sus celos no son controlados podrán ser crueles y lastimar a sus hermanitos menores.

Si se acostumbran a satisfacer siempre lo que desean, es fácil que se transformen en niños caprichosos; y si no se satisfacen esas demandas los berrinches pueden acabar con los oídos y la paciencia de cualquier ser humano. En fin... que no queda duda de que colocar los límites no es tarea sencilla; será casi siempre una pelea, una pulseada a ver quién aguanta menos y quien puede más; y si se piensa que son cuestiones tontas, en rigor no lo son; pues por todas partes se ven familias en donde los niños han ganado muchas de esas competencias y hacen lo que quieren. Cosa que les traerá muchos inconvenientes y hasta problemas psicológicos cuando tengan vida adulta.

Entonces enganchamos estos párrafos con los del punto anterior y decimos que solo la Jerarquía hará que el niño obedezca. Y que la jerarquía no se compra en la tienda. Sino que hay que imponerla.

La Obediencia

Viene ahora, la discusión sobre el tema más candente, urticante, difícil de tratar, y con el que cuesta mucho lograr cualquier tipo de consenso: como logramos que un niño obedezca?

Para mí hay tres niveles. El primero es sin duda la concientización.

La explicación de que un aceite hirviendo puede quemarlo y hacerle mucho daño y producirle mucho dolor puede ser entendible para el niño con bastante facilidad. Pero el irse a dormir cuando el sueño todavía no llegó, o hacer los aburridos deberes, o manejar los celos contra el hermanito (celos que salen de adentro y que no tiene herramientas para manejarlos) es mucho más difícil. La tarea de un progenitor es entonces afinar al máximo posible la transferencia del mensaje, con repeticiones, con ejemplos, con formas distintas de decir lo mismo 'once and again' y dejando siempre (pero ¡siempre!) el mensaje anexo de que eso que se pide no es negociable. Que no importa cuánto moleste, cueste o sea difícil de cumplir, pero que hay cosas que no se pueden esquivar y que no se van a esquivar en esa familia con los benditos padres que le tocó.

El niño debe entender que un pedido de un progenitor, siempre es por su bien, por lo que aún cuando un padre parezca 'pedir', en rigor está dando una orden que no admite discusión.

Como supongo que muchos lectores (mi hija la primera), ya estarán pensando en que esto se parece a las reglas de un campo de concentración; digo que por supuesto y según la situación, cada padre deberá tener flexibilidad y que la misma deberá estar basada en el sentido común al que ya hicimos referencia.

La instrucción (o sea la explicación clara del límite y de su porqué) es algo que aunque mucho le cueste al progenitor deberá ser una tarea ineludible y no podrá evadir todos los esfuerzos que se requerirán para que en algún momento la idea se haga carne, esto es: que el chico comprenda porque está el límite y llegue a aceptar que el mismo no podrá ser sobrepasado.

Instrucción, concientización, explicación y mentalización configuran entonces el primer paso para establecer y asentar el límite, y si esto se hace bien (atención que a veces los padres tienden a aflojar y dejar que el límite lo maneje el mismo niño nada más que por cansancio o no querer esforzarse demasiado), entonces se habrá logrado una de las más importantes tareas de la enseñanza infantil.

Ligado a esto, vale una mención para introducir en los niños el valor de la espera.

Si bien esto no es un límite, está de algún modo ligado a como iremos formando alguna de las características de la cáscara. Está muy estudiado y comprobado que si un chico aprende a esperar, ese niño tendrá de grande, mayores posibilidades de éxito en lo que haga. (Es famosa la experiencia de dejar a un niño solo en un cuarto con un dulce sobre la mesa y decirle que estará solito 10 minutos y que no debe comer el dulce. Que si se espera, cuando venga la mamá o el entrevistador tendrá el premio de otro dulce, pero que si se lo come mientras espera, entonces no obtendrá nada. Los chicos que consiguen refrenar las enormes ganas de comer ya el dulce, es decir aquellos que saben o consiguen esperar; son los ¡triunfadores del mañana!). Simple; pero así funciona esa cosa; y eso está ligado a las ansiedades y demandas que siempre tendrá un niño. 'Quiero el helado ya!'; 'Me prometiste que al salir íbamos a ir a la calesita'. 'Yo quiero ir al parque a jugar ahora y no más tarde'; etc. Atención a esto entonces y no olvidar de trabajarlo en su momento.

Sigamos con la instauración de los límites.

Teníamos al niño que quería algo que no podía hacer y le pusimos el límite, que luego de una concientización el chiquito comprendió y aceptó. Pero... que pasa si a pesar de que hemos explicado un millón de veces, de que ya no sabemos cómo darle vuelta al asunto, ni como presentarlo, ni cómo hacerle entender que no puede jugar a la pelota

en la sala llena de jarrones, entonces hay que pasar al segundo nivel de la jerarquización (No olvidar que es la famosa 'jerarquía' la que está intentando imponer los límites al pequeño).

Este nivel es el del Castigo. Pero atención: el del castigo no-físico. Generalmente se trata de una Prohibición de algo que al chico le gusta; siendo uno de las más famosas la prohibición de ir a algún lugar que tenga ganas de ir. (Es el tan temido 'Grounding' en inglés). Y no son pocos los que engrosan la lista: los helados, las golosinas, la compra de un juguete, mirar TV, jugar con la tablet, ir a lo de un amiguito, no jugar con el perro o el gato, hacer alguna tarea a disgusto como lavar el auto, secar platos, etc.).

Aunque parecería difícil, en realidad no lo es. Los padres encuentran y de hecho esto pasa en todas las familias, un montón de cosas que a un niño o a un púber le disgustan y la obligación de hacerlas es algo que en la mayoría de las veces fuerza a la aceptación del límite que se quiere imponer.

Ok, todo bien, ya estamos en el segundo nivel de imposición de límites, pero ¿que pasa si esto tampoco funciona?

Aquí entramos en un terreno que es quizás uno de los más discutidos en la psicología infantil pues estamos llegando al nivel del castigo físico.

Desde un punto de vista psicológico pegarle a un niño no es aceptable. Todos los psicólogos, toda la actual terapia de niñez, hasta la jurisprudencia dicen que 'ESO NO SE HACE'.

Pero... de la misma forma que el escudo chileno tiene el lema:

'Por la Razón o por la Fuerza'

muchos padres sienten que hay que tratar por todos los medios que esa razón le entre en la cabeza al chico, que los esfuerzos deben sobrepasar lo inimaginable, pero si aún así, la cosa no funciona, entonces el chirlo, el coscorrón, las palmadas que dejan la cola dolorida harán entrar rápidamente en caja al díscolo en cuestión.

Por supuesto que aquí no se habla de tener a un hijo como si fuera un puching ball y pegarle hasta por las dudas. El chirlo o el coscorrón debe ser parte de un episodio muy corto, donde el niño debe sentir dolor pero no mucho más. Largas y/o reiteradas palizas, y amenazas o los crueles castigos psicológicos no son bajo ningún aspecto aceptables, ni para aquellos a quienes pueda no disgustarles la aplicación de algún eventual azote.

Y nuevamente debe quedar claro que el castigo físico es el último resorte cuando la razón ya no tiene ninguna chance de lograr que se acepte el límite que se trata de imponer.

Personalmente, tengo plena conciencia de que no es bueno castigar a un niño, pero en mi vida recibí dos o tres (merecidas) palizas por parte de mi padre y yo a mi vez di un par de zurras a cada uno de mis hijos. El resultado en mi caso es que jamás los chirlos recibidos me resintieron con mi padre; por el contrario, mi respeto por la figura paterna creció exponencialmente y creo que algo igual pasó con mis hijos. Las pocas pero merecidas veces en que les pegué no fueron factor alguno para que dejáramos de tener en todo momento y más aún en la vejez (mía) una excelente relación.

Es que de la misma forma que en el proverbio que dice que una imagen vale más que mil palabras, podría expresarse que un chirlo bien dado (en el momento y la oportunidad

correctas y cuando la Razón no fue aceptada), vale más que mil palabras y diez mil peticiones.

Entonces en este asunto dejo puntos suspensivos pues sé que entre quienes lean esto habrá padres que estarán absolutamente en contra de algún chirlo, o coscorrón o cola calentada por un sopapo; pero sé que (por debajo de la mesa), no todo el mundo está demasiado en contra de lo que digo. Sin ir más lejos hace tan solo unos pocos días leí un artículo donde decía que en Argentina el 90% de los padres está contra el castigo corporal de los niños, pero... el 75% de esa gente que dice que está mal, cuando es sacada de quicio por alguna tremenda travesura de sus hijos, directamente les pega!

Justo un fin de semana atrás participé en una reunión social donde había gente joven, padres de niños entre 2 y 7 años. Cuando la charla giró alrededor de las diabluras y las faltas de los niños, la cosa fue exactamente igual: todos se manifestaron contra el castigo, pero todos también, confesaron que en alguna ocasión, salidos de las casillas, pegaron o zamarrearon a sus pequeños.

Un tema sobre el que no me pronuncio más allá de hasta donde llegué (tratar por todos los medios de no hacerlo, pero si la situación uno cree que lo amerita, nada aclarará el panorama, nada sentará el límite mejor; y sin dudas que será también muy bueno para imponer la jerarquía) que un chirlo dado oportunamente. Sobre esto cada padre verá como tomará y como manejará el asunto.

La Negociación

Un mecanismo que algunos padres utilizan para evitar eso del 'castigo corporal', es la Negociación. 'Si haces los deberes entonces jugarás una hora con la tablet'. 'Si vas a recoger la ropa tendida te compraré el autito que tanto te gusta'. 'Si paras de gritar te llevo a la Heladería'.

Personalmente estoy muy en contra de esta metodología. Si cada cosa que el chico no quiere hacer merece un premio adicional, en rigor el que gana es el pequeño, pues no obtendrá lo que quiere en primera instancia, pero igual tendrá algo que servirá para hacerle sentir que se salió con la suya. Y eso lleva a que si por cualquier capricho no se obtiene lo que se quiere, pero si en la oportunidad no se le da un premio consuelo, entonces el chico se frustra, porque este mecanismo de la negociación lleva a que si o si, siempre tenga que ganar 'algo' en cualquier interacción con su progenitor/a.

Acepto sin embargo, que el método sea aplicable pero solo cuando el padre o la madre lo hacen 'con trampa'. ¿Cómo es esto?

Si uno le dice al niño: 'Si haces los deberes, te doy un helado', el niño es quien gana. Pero si quiero que el chico se vaya a dormir ya mismo, puedo decirle: 'Para irte a dormir ahorita, puedes elegir entre dormir con el Pitufo o con el Osito'. La trampa está en que 'parece' una negociación, pero en verdad no lo es. De cualquier forma el chico hará lo que nosotros queremos que... no es elegir un muñeco en especial, sino que se vaya ya mismo a la cama.

¿Cuándo comenzar con la educación?

De la misma forma en que cuando un auto comienza a hacer un ruidito es bueno llevarlo al mecánico para evitar que el ruidito se transforme en un ruidazo y luego en algo desastroso e inmanejable, la educación del niño debe comenzar con el primer día de vida. Esperar el crecimiento para solucionar algún problema que estamos viendo que el chico ha comenzado a desarrollar no es buena técnica. Todo lo apuntado hasta aquí, el

proceso de jerarquización paterno/materno, la colocación de los límites y la metodología en general que he descrito debe irse implementando desde los primeros y más sutiles momentos y episodios de la vida de relación padres/niño.

Ser padre y madre son tareas a tiempo completo y nada fáciles. Muy trabajosas y demandantes. No es tarea simple. En momentos de cansancio y cuando uno esté muy cerca de aflojar debe pensar en la responsabilidad que le cabe y en que ese niño o niña no vino solo al mundo. Lo trajimos nosotros. Y no se puede aflojar.

El amor

Hacen muchos años mientras vivía en la Patagonia, un buen día llegaron los tiempos de elección municipal. Recuerdo que un vecino, muy respetable, terminó siendo candidato a alcalde y una tarde fui a la calle principal donde iba a dar un discurso.

Subido a una pequeña tarima, el hombre comenzó diciendo:

‘Voy a hablarles de lo que pienso hacer, de cómo desarrollaré esto y lo otro. De los presupuestos y de las innovaciones. Pero si les preocupa, hay una cosa de la que ni siquiera haré mención: es la honestidad. Pues para ocupar un cargo público debe estar descontado que quien acceda al lugar mayor en un municipio, debe estar libre de cualquier pecado de corrupción y tener a la honestidad como el valor más importante que se pueda manejar en esta función. La honestidad está implícita. Es y será parte ineludible de mi misión. No hablaré de ello.’

De la misma forma, en todo lo dicho anteriormente no he siquiera mencionado las palabras ‘amor’, ‘cariño’, ‘protección’, ‘armonía’. Y no lo he hecho porque al igual que el candidato a intendente de mi pueblo, ese amor también es implícito; tiene que estar por encima de todo. Tiene que inundarlo todo. Es parte ineludible de la misión de ser padre o madre. No hablaré (mucho) de ello.

Personalmente me crié en un hogar pobre, pero abundante en amor y armonía. Siempre sentí la protección y el calor de mi padre y de mi madre y estoy seguro que esa atmósfera contribuyó a solidificar mis valores morales y mi estabilidad emocional a lo largo de toda mi vida.

El Tiempo

De la misma forma en que en punto anterior me refiero a la importancia (si se me permitiera me gustaría utilizar el término ‘obligación’) de que la relación con los hijos esté inundada de amor y actitudes de protección; también veo profundamente importante la dedicación de tiempo a los pequeños. En la actualidad entre las actividades laborales, las caseras y unas cuantas más, es poco, muy poco lo que sobra de ese bendito recurso. Pero de algún modo cada padre deberá extender el día, flexibilizarlo para que sí o sí haya tiempo para dedicarle a los hijos. Y el tiempo deberá ser no solo para ir a la fiestita de la escuela donde el chico disfrazado de melón recitará un espantoso versito; sino para jugar con él, para hablar, para escucharlo, para entender sus problemas, para ir creando y criando la relación, cuestión que si se hace bien durará hasta la muerte. En mi caso particular recuerdo como mi padre cada día, luego de llegar a casa y tomar unos mates charlando con mi madre, se cambiaba de ropa poniéndose un viejo pantalón y comenzaba ‘mi tiempo’, en el que charlábamos, me leía cuentos, inventaba unos juegos simples pero entretenidísimos, me contaba anécdotas de su vida, nos reíamos juntos.

Con lo que en esos momentos yo sentía que en mi mundo la figura de mi padre se transformaba en incondicional. Ni que decir, el amor que yo tenía a la figura ésa y como la relación que tuve con él hasta el día de su muerte fue linda y cálida, y no tengo dudas de que buena parte de todo ese sentimiento fue el tiempo que con tanto amor me dedicó.

La última línea para este punto será entonces: amor sí, pero será Amor y Tiempo también!

Unas palabras más en relación a la pulpa de la fruta

Siempre dije que mis padres me imbuyeron de buenos principios y de una moral firme, férrea y adecuada. Curiosamente, todos mis compañeros de escuela con los que frecuentaba y mis amigos íntimos, también fueron educados en la misma onda. He llegado a pensar que todos los padres de mi entorno eran iluminados que habían adoptado los valores mejores para transmitir a sus hijos, pero la verdad es otra. Es que todos esos valores eran prácticamente los únicos que había dando vueltas en el tiempo y en el lugar donde crecí. 'Los viejos' (mis padres y los padres de mis amigos) no hicieron otra cosa que tomar lo que había en ese momento en la calle; lo que usaba todo el mundo. Lo que ellos habían vivido también.

Creo que desgraciadamente hoy en día aquellos viejos valores están cuestionados o dejados de lado y hasta en muchos casos despreciados. La corrupción, la trampa, la mentira y hasta la delincuencia se han entronizado o al menos se los toma como un 'mal de los nuevos tiempos', sin que en rigor haya una verdadera crítica a lo que no debería ser.

No hace mucho llegué a escuchar a un padre que decía que en ocasiones le aconsejaba al hijo que 'fuera un poco pícaro' para evitar que lo joroben o que perdiera posiciones (en los negocios, en el deporte, en la escuela, etc.). Una pena pues esa visión está llevando a la Humanidad por caminos que no veo bien en que situaciones acabarán.

De todos modos, si nuestra intención no es la de formar gente pícaro y que gane como sea, sino gente de bien que gane por su esfuerzo y mérito; habrá que pensar en los principios que uno quiera inculcarle a su hijo. Y aún así, también habrá que pensar en cómo imbuir al niño de algunos valores que uno puede pensar en que son maravillosos pero pueden no serlo con el correr del tiempo.

¿Perfección o Excelencia?

Un ejemplo típico de esto es la inculcación del perfeccionismo. He visto padres que cuando sus hijos corrían una carrera aconsejaban ganar como sea: 'El segundo es solo el mejor de los perdedores'. 'Segundos hay muchos; primero uno solo'. 'Tienes que ser el mejor'. '¿Porque sacarte un 9 cuando 10 es la mejor nota y allí tienes que apuntar?'

Exigirle a un hijo que 'Sea el mejor', no siempre es positivo, pues el esfuerzo y la preocupación por serlo, puede presionar tanto al niño o al púber, que no es raro que muchos jóvenes no puedan manejar tal peso y su psiquis se malogre en alguna medida.

Entiendo que lo mejor no es exigir al hijo que 'siempre gane la carrera'; sino que se debe inculcarle el valor de la Excelencia. Esto es: 'Esfuézate para hacer esto (lo que sea), lo mejor que puedas. Si sales primero estará más que bien. Pero salir primero es tan solo un subproducto de tu dedicación. No es lo más importante. Lo más importante es el esfuerzo que hagas en producir el mejor resultado al que tú puedas llegar. Debes ser excelente, con el nivel que tengas para hacerlo'.

Entonces y como consejo final: que cuando elijamos los principios que queramos inculcar a nuestros hijos, tengamos en cuenta la cultura en la que estamos viviendo, nuestra historia y nuestra experiencia, y las transformaciones que pretendemos y las que en rigor vamos a lograr sobre nuestros vástagos.

Debemos ser humildes para saber que no bastan nuestras buenas intenciones. Habrá que estudiar; ser muy cautos y hacer muy bien los deberes. Nuestros hijos van a tener de nosotros mucho más de lo que creemos y en algunos casos más de lo que necesitan. Pero sin duda que ellos serán una parte de nosotros con lo que les hayamos impregnado. Me gusta la expresión que leí hace muchos años y que ahora que soy mayor la siento absolutamente correcta: 'Cuanto más envejezco, más me parezco a mi padre (o a mi madre) y más soy yo mismo/a).

Finalizo con estas palabras: Será bravo comulgar trabajo, el cuidado físico del niño (pañales, dormidas, comidas, más tarde escuelas, amiguitos, partidos de futbol, fiestitas de cumpleaños, etc., etc.); habrá una carga ineludible en tener o conseguir el dinero que cada niño 'cuesta' (y esto no se puede negar: ¡Salen caros!) y amargarse con los desvíos que observemos en lo que pensamos hubiera sido el camino ideal. Una gran tarea que como dije al principio no pudimos estudiar en ninguna universidad.

Pero si lo descrito parece demasiado trágico, también habrá una contraparte que es única y maravillosa. Criar un hijo tiene muchísimo de alegría; es la vida que nos regala un muñeco maravilloso; en donde las muestras de su afecto no tienen parangón en el rubro 'amor' y el simple hecho de verlo crecer será una de las concreciones más lindas a las que cualquier humano pueda aspirar, ya que no solo tendremos el gusto de ver como nuestras ideas se han ido plasmando y recogiendo frutos emocionales a diario; sino que también estaremos respondiendo a esa presión biológica que nos induce a procrear para prolongar nuestros genes en el futuro, cualquiera sea éste.

Créeme que la maternidad/paternidad es una experiencia verdaderamente emocionante y que cambiará tu vida.

Y que todo esto, bien leído y masticado, es la receta de la mamá o del papá perfecta/o!

Que te aproveche querida hijita!!